

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.  
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Números sueltos, 10 céntimos. — Anuncio, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## Santa y pecadora

La escena se desarrolla en un despacho a la vez elegante y severo. Sentado en un sillón, con ademán de profundo abatimiento, un hombre, ya entrado en años, de austero y noble continente, inclina la cabeza encanecida, mientras dos gruesas lágrimas surcan sus mejillas.

Otro anciano, también de porte distinguido, penetra bruscamente en la estancia, dando muestras inequívocas de una profunda y dolorosa emoción.

— ¡Antonio! —  
— ¡Luis!

Y ambos amigos se confunden en un estrecho abrazo.

Antonio. — ¡Ay, amigo mío, qué desgraciado soy!

Luis. — ¿Tú? ¿También tú?

Antonio. — Toma, lee (dándole una carta).

Luis (leyendo). — «Papa mío de mi vida: así, de mi vida y de mi alma y de mi corazón: Perdóname. Nunca te he querido tanto como en este momento en que voy a causarte el más amargo pesar. Yo estoy loco, loco! Tú te oponías a nuestra unión, y yo, lejos de él no puedo vivir, no puedo. De sobra sé cómo no he de saberlo, que tú sólo deseas mi felicidad; pero si yo prefiero ser desgraciado con Arturo a ser feliz con cualquier otro! Sin él no quiero ni fortuna, ni honra, ni vida.

Adiós, papaito mío. Esta pena que te doy es la espina que llevo clavada en el alma. Pero tú perdonarás. Cuando me veas un día amada, amante, dichosa, darás al olvido mi culpa para volver a estrechar entre tus brazos a tu ingrata hija que te adora. — Lolita.»

— ¿Cuándo has recibido esta carta?

Antonio. — Hará apenas dos horas.

Luis. — ¡Extraña coincidencia! Dos horas hace que a mí me entregaron esta otra. Mira. Antonio (leyendo). — «Mi querido padre: Escribo a usted desde el convento de las Escuelas del Espíritu Santo. Soy mayor de edad y dueña de mis resoluciones. La obstinada oposición de usted a mi incontestable vocación religiosa, me ha obligado a dar este paso. Orea usted que lo deploro en el alma, y que hubiera sido para mí dicha suprema la de recibir en el momento en que muero definitivamente para el mundo, la santa bendición de un padre. Obligada a elegir entre la obediencia filial y la llamada del místico esposo, no he podido vacilar un momento. Ninguna voluntad terrestre debe prevalecer contra las voluntades del cielo.

Bien sé que desde el punto de vista mundano, mi conducta parecerá cruel y desnaturalizada. Dignese el Señor escuchar mis plegarias, y pronto gozará usted venturas inefables, ofreciendo esta tribulación en holocausto a Aquel que murió por salvarnos. Con todas las veras de su piedad, ora una noche y día por obtener del Altísimo esa gracia, la que en el siglo se llamó su hija cariñosa, — Araceli.»

Tras larga pausa, don Antonio, absorto en el egoísmo de su dolor, murmura como hablando consigo mismo:

— ¡Mi hija era todo para mí!

Luis. — Pues ¿y la mía? ¿Ignoras que, desde la muerte de mi madre, concentré en esa criatura todos mis afectos, todas mis esperanzas, todas mis ilusiones, y que sólo por ese amor he podido soportar la vida?

Antonio. — Lo mismo yo. Pero al menos, Luis, tu Araceli no ha manchado tus casaca ni llevado a tu hogar la vergüenza ni el deshonor.

Luis (con brusco arrebatado). — ¡Ha hecho más! Ha infringido los mandamientos de la naturaleza, ha renegado de la vida. Tu hija te sacrifica a su amor; la mía me ha sacrificado a su egoísmo. Tu hija, aun culpable, cumple la eterna ley; mi hija, viva, ha bajado al sepulcro. Entre Dolores y tú me da tan sólo una falta; entre Araceli y yo se ha interpuesto lo irreparable.

II

Un año después, en el mismo despacho, don Luis escucha atento a don Antonio, que lee con voz temblorosa y balbuciente.

— ¡Soy madre! Lo que en mis ensueños de amante constituía para mí el colmo de la dicha, hace hoy mi desesperación. ¡Qué va a ser, Dios mío, de este pobre niño, que tiene por patrimonio el desamparo y por herencia la deshonra! Para él imploro tu compasión, padre querido. Yo no la merezco. He sido mala y debo sufrir la pena de mi maldad. Abandoné y me abandonaron; fui ingrata, é ingratos han sido conmigo. ¡Hay nada más justo! Mi conciencia me habla adelantado ya la merecida expiación. ¡Verdad que me conoces lo bastante para no creer que mienta ahora por interés! Capaz de todos los extravíos de la pasión, no lo soy de las vilezas del egoísmo. Pues bien: por la memoria de mi bendita madre, por la salud de mi pobre hijo te lo

juro: aun en mis horas de delirio y embriaguez, la imagen del triste anciano solo, afligido, enfermo, llorando su desventura, maldiciéndome acaso, ha amargado todas mis dichas. No, no he necesitado esperar al desengaño para aprender cuánto pesa el remordimiento.

Pero mi hijo es inocente. Ampáralo. Yo me separaré de él, si lo exigies, no le veré más, me iré lejos, a trabajar, a luchar, a sufrir si es preciso, antes que caer en el fondo del deshonra.

Luis. — ¡Pobre Dolores! Yo también he tenido noticias de Araceli. Mira, mira como se explica su santidad:

«El silencio de usted y los ecos lejanos y apagados del mundo que llegan a esta santa casa, me persuaden que aun no se ha aplacado en su alma el enojo que le causó mi determinación. Todavía el Altísimo no se ha dignado tocar su corazón, a pesar de mis votos y oraciones. Persiste en mi la esperanza de alcanzar para usted merced tan señalada. Aquel día, para todos venturoso, roto el velo de tinieblas que ahora le oculta la verdad, sabrá hacer justicia a mi conducta y aun felicitarse. Mas si la Providencia ha decretado en sus inexcrutables designios que tal día nunca para nosotros amanezca, no por eso se entibiará el fervor con que he de pedir al cielo se digné abrir los ojos de mi padre terrenal a la verdadera luz y guiarle por los senderos que conducen a la eterna bienaventuranza.»

(Ora pro nobis. Bienaventurado tú, Antonio, porque tú perdonarás!)

Antonio. — Y tú también. Para eso somos padres.

Luis. — ¡Yo! ¿Pues no has oído lo que dice mi exlija? ¡Si es ella la que se muestra llena para mí de indulgencia! Tú puedes perdonar a tu hija pecadora; pero yo, ¿cómo quieres que perdone a la mía? ¡Mi hija es una santa!

III

(De Antonio a Luis.)

«Mentiría si te dijese que mi hogar es la morada de la alegría. Bien se advierte que el dolor ha pasado por allí, dejando su inborrable huella. Por dicha, en pos del dolor pasó también el tiempo. Cinco años van transcurridos desde la catástrofe. La acerbidad de la pena ha ido calmándose, para dar lugar a una honda melancolía que no carece de dulzura. Jamás entre nosotros se hace alusión a lo pasado. El infausto recuerdo parece enterrado para siempre por una especie de convenio tácito. Vive, no obstante, y está siempre presente y como sobreentendido. Y, ¿cosa extraña, lejos de producir en nuestras almas violencia, amargura, acritud, parece como si ese pasado contribuyera a hacer más intenso nuestro cariño, acentuándole con una nota de mutua conmiseración. Mi hija y yo somos como dos enfermos que se ayudan a convalecer. Yo me esfuerzo en borrar de su corazón y de su mente la memoria de su infortunio. Ella quiere redimir a fuerza de ternura su antigua falta. Jamás hemos sido tanto el uno para el otro. Aquí, en este escondido retiro, lejos del ruido mundano, rodeados por una campiña deliciosa, enfrente del inmenso mar, sentimos nuestros grandes pesares perdidos y como abismados en la gran majestad de las cosas.

«Por qué te obstinas en no venir? No ansiamos sino comprender tu cura. Este es un verdadero sanatorio para los enfermos del alma. Aquí encontrarás, con el calor de la amistad, la paz y el sosiego que tu estado necesita. Ven a adormecer tu dolor en esta nuestra vida gris y monótona, que sólo el pequeño Jorge anima a veces con los desplantes de su turbulencia infantil.»

(De Luis a Antonio.)

«¿No? No. Os entristecerá y no me curaréis. Mi mal no tiene remedio. Me daréis envidia. Acaso acabaría por aborreceros. No voy.

Debo vivir solo y morir solo. La Providencia lo ha ordenado así, como dice mi hija beatísima. ¡Solo! ¡Qué suplicio para mí, de indole tan expansiva, tan afectuosa, nacido para ser amado y para amar!

No, Antonio; no se lo perdonaré nunca, nunca. ¡Abandonarme así, en la vejez, sin tener siquiera la paciencia de esperar a que me cubriese la tierra! De tarde en tarde recibo aún cartas de la mística. No las leo, las quemó. Su tono de santa piedad se me hace insostenible. ¡Piedad ella! Ni para su padre la tuvo. Hubiera muerto, y su recuerdo me serviría de consuelo. Ahora no puedo recordarla cuando de niña hacía las delicias del que fué mi hogar. Sólo se me presenta bajo la imagen de un fantasma helado, una especie de estatua con tocas.

Me muero por fortuna. Los médicos no saben de qué. Yo sí. Me mata la santidad implacable. Moriré entre extraños. Una mano mercenaria cerrará mis ojos.

Adiós, amigo del alma. Sé feliz y bendice al destino que te dió por hija una pecadora y no una santa.»

Por copias conformes; doy fe.

ALFREDO CALDERÓN

## NECESIDAD DE UNA AMNISTIA

En el primer año de la guerra de Cuba no habrán olvidado nuestros lectores

que hicimos la calaverada de enviar de golpe a la isla 200.000 hombres. Quisimos ahogar la insurrección en su cuna, y no logramos sino que la flor de nuestra juventud pereciera, más que por los rigores del clima, por las balas del enemigo.

Los 200.000 hombres se los sacó exclusivamente de los jornaleros de la ciudad y el campo, pues se redimían todos los que entregaban al tesoro 1.500 pesetas. Esta flagrante injusticia y la casi seguridad de una muerte sin fruto, movieron a muchos trabajadores a fugarse y buscar asilo en la vecina Francia. Por miles se fueron, sobre todo en las regiones fronterizas.

En Francia siguen esas desventuradas gentes viviendo la más penosa vida. Los miran allí mal los naturales, no por desertores ni prófugos, sino por la concurrencia que en el trabajo les hacen. Los privan del único medio que tienen para ganarse la subsistencia.

Personas que de allí vienen, pintan con los más negros colores la misera situación de esos compatriotas y se lamentan de que les están aún cerradas las puertas de la patria. Son hombres útiles, dicen, se los cuenta por millares, y muchos están muy adelantados en el ejercicio de sus artes: los reclama el interés del reino.

Nosotros estimamos que el Gobierno debería concederles una generosa y amplia amnistía. Por el artículo 12 del tratado de París de 10 de Diciembre de 1898 se estipuló que se pondría en libertad, no sólo a los prisioneros de guerra, sino también a todos los detenidos o presos por delitos políticos a consecuencia de las insurrecciones de Cuba y Filipinas y de la guerra con los Estados Unidos.

No están detenidos ni presos los jóvenes trabajadores objeto de este artículo, pero están extrañados del país, pena mucho más grave, y lo están a consecuencia de las insurrecciones coloniales.

Si no hubieran sabido que se los llamaba a las filas para llevarlos a nuestras mortíferas colonias, no habrían dejado de seguro de responder al llamamiento, por duro que les hubiera parecido. No se habían fugado antes en gran número los trabajadores, ni después se han fugado.

De esos trabajadores tendríamos hoy muerta la mitad, si no hubiesen pasado las fronteras. Pues están vivos y pueden trabajar, recojamos para que aquí contribuyan al desarrollo de la agricultura y de la industria. Cinco años llevan de una vida errante y dolorosa; sobradamente castigados están por una falta hija de su pobreza.

Reclaman la vuelta de esos trabajadores, no sólo el interés de la Patria, sino también el de sus familias. Padres ancianos y pobres carecen del apoyo de sus hijos. Lejos de recibirlo, han de procurarcelo para que no perezcán.

Debería amnistiarse a esos prófugos y desertores, aun cuando no fuese más que por decoro del reino. ¿Qué idea han de formar de nosotros los que vean en las contiguas tierras de Francia tanto español haraposo y hambriento?

La amnistía se impone.

F. PI y MARGALL.

## UN PARTIDO

Un monstruo del pasado, el fanatismo, a la ambición tomó por barragana; los cobijó en su hueco una campaña y otro monstruo engendraron: el carlismo. Reinó con el Papa y con Dios mismo por conservar la bóveda y la canana, siendo el Atala de la grey cristiana en nombre, según él, del cristianismo. De condición cruel, terca y bravía, no hay tigre más feroz ni más sangriento, bajo apariencia religiosa y pia.

La augusta libertad es su tormento, sus armas, la doblez y la arteria, y su cubil, la celda de un convento.

E. SEGOVIA RUCABERTI

## Alabanzas injustas

La prensa ministerial ha insistido mucho en poner de relieve la conducta de los obispos durante la última intentona carlista, que no han alentado, dice, en forma alguna.

Afirmación temeraria es esa, pues nadie sabe lo que bajo cuerda habrán hecho; y contra ella, opongo esta yo: Suponiendo que hubieran permanecido completamente neutrales, los obispos no han cumplido ni con su deber como pastores del rebaño católico, ni como súbditos del Papa, ni como hombres agradecidos siquiera.

Como pastores, porque no deben contribuir ni con su silencio a fomentar la guerra entre hermanos.

Como súbditos del Papa, porque éste les tiene ordenado prestar apoyo y acatamiento al régimen establecido.

Como hombres agradecidos, porque deberían besar el suelo que los restauradores pisan; tantos favores les han hecho.

No se envejecen, pues, los ministeriales por ese triunfo que creen apuntar a la restauración, y hagan una prueba para poner a prueba el dinamismo y la fidelidad de los prelados. Reduzcan a 30.000 reales su sueldo anual, sueldo a que ninguno de ellos hubiera aspirado si no cantara misa, y entonces verán lo que es bueno. Obispo habría que en el mismo instante de saberlo, subiera al pulpito a gritar: ¡Viva don Carlos!

Déjense, por lo tanto, los ministeriales de prodigar alabanzas a quienes, con raras excepciones, son carlistas desde la bota del soldado a la hebilla del zapato.

Varios militares han sido separados del servicio por su mal proceder en Cuba y Filipinas. Me parece bien, y aun creo que no han sido separados todos los que lo merecían.

Pero a la vez que se hacía eso, desembarcaban en España centenares de los frailes que han sido causa de la pérdida del archipiélago, sin que procediesen contra ellos los tribunales, ni siquiera les aplicase el pueblo el procedimiento que *in illo tempore* se aplicó a San Esteban.

Y esto, francamente, es una falta de equidad y una falta de justicia que debemos reparar los republicanos el día que nos hallemos en condiciones de hacerlo.

## El perro del Hospicio

Pues, señor, y no va de cuento, en el Hospicio de Madrid, célebre por las perreías que en el santo asilo han cometido diputados provinciales, empleados y hermanas de la caridad, había desde hace años un perro.

Un can de veras, auténtico, que *perros* metafóricos había y hay muchos en aquel establecimiento, donde a mausalva se ha robado, se ha asesinado lentamente a los asilados dándoles a comer tocino podrido, garbanzos agusanados y pan hecho con más cal que harina, y se ha martirizado a los infelices niños, según ha confesado la *Gaceta* y comentó en *El Pueblo* el ilustre Luis Morote, único periodista que concedió importancia al asunto.

Prosigue. El exdirector de la benéfica drañera, del matadero de párvulos y adultos, tenía un perro que, más cariñoso que muchos hombres, jugaba con los asilados, les distraía el hambre y los aliviaba de sus tristezas. El director aquel cesó en el destino, y al mudarse de las mejores habitaciones del Hospicio, (las peores, las que se están hundiendo se reservan para los asilados), se llevó familia, trastos y el perro. Pero el animalito tomó querencia al asilo, y no quiso abandonar a sus amigos, los chicos asilados. Volvió el perro con gran alegría de los hospicianos; le echaron a palos, procedimiento usual en el rey de la naturaleza (por algo se llama rey), y el perro tornó y volvió tantas veces cuantas le echaron nada cariñosamente.

Tantas veces echaron al perro, que al fin el nuevo director se amoscó, y velando por el prestigio de la autoridad y causado de que el can volviese, por muy brutalmente que se le despidiera, no se le ocurrió otra cosa al perro del director que ordenar se ahorcara en uno de los patios al fiel, leal, cariñoso animalito, más humano que aquellos hombres.

Y como el director lo dijo se hizo; que siempre hay gente servil, obediente a las más disparatadas órdenes.

Se ahorcó al perro de un poste colocado en el patio.

Un empleado tuvo la satisfacción de hacer de verdugo, tirando lentamente de una cuerda atada al pescuezo del animal, para que la agonía se prolongara lo más posible.

Los asilados presenciaban el educador espectáculo, del que no protestaron ni los empleados, ni las hermanas de la Caridad, ni el cura del establecimiento.

El espectáculo fué amenizado por ladridos de júbilo, por risotadas salvajes y chistes groseros.

El perro aullaba desesperadamente y parecía pedir piedad con la mirada.

La orden del director se cumplió, y colorin colorado, la verídica relación de los hechos ha terminado.

La prensa de Madrid ha dedicado poca atención al asunto, ignora si por no romper la cómica tregua que se impuso con motivo del Congreso Hispano Americano.

Manolo Bueno dedicó a la salvajada una preciosa crónica, y los demás periódicos unas líneas. No ha querido la prensa hincar el perro.

Ha hecho mal. No debe dejarse impune esa atrocidad, reveladora de que continúa imperando en el Hospicio la barbarie, el latrocinio y el desorden.

Lo menos que debe hacer la flamante diputación nombrada ilegalmente por Dato es destituir al director del Hospicio que educa a los asilados con parodias de autos de fe.

Del castigo de los que martirizaban y robaban a los asilados nada se habla. En las Cortes se discute a lo abogado, si el

decreto del señor Dato fué legal ó arbitrario, como si eso importara a nadie. Fué una arbitrariedad; pero ¿qué importa donde tantas se cometen? Además, se castigaba a gentes que por compra, falsedad o influencia oficial lograron ser diputados provinciales.

Lo que se debiera hacer en las Cortes y en el Casino Republicano de la calle de la Encomienda, es pedir que fueran procesados y castigados severamente los autores, cómplices y encubridores de los delitos publicados nada menos que en la *Gaceta*.

Que hay delitos no cabe duda. Su existencia consta en un informe oficial.

¿Cómo no aparecen los delinquentes? ¿Quiénes son? ¿Por qué no se les castiga? Ante esto que interesa a la justicia es cosa baladí discutir si el decreto de Dato faltaba al artículo tantos de la ley tal.

Hay que vengar al perro del Hospicio, para evitar que sigan cometiéndose perreías en aquel santo matadero de niños, en aquella benéfica latrónera.

ROBERTO CASTROVIDO

## CRÓNICA

### PUEBLO Y ESTADO

Dedican todos los periódicos europeos grandes secciones a Krüger. Es el personaje de moda; el asunto del día. No se habla casi de otra cosa.

Con su enorme chistera en la cabeza, con su clásica pipa en la boca y con su voluminosa Biblia en la mano, asinos han descrito infinitas veces los correspondientes y cronistas parisienses al viejo y popular presidente del Estado del Transvaal, República sudafricana a quien la voracidad de Inglaterra, avivada por la política imperialista de lord Chamberlain, ha trocado, de próspera y pacífica Arcadia, en campo de guerra, de desolación y de muerte.

La odisea de Krüger en Europa, tan brillantemente comenzada en Francia, despierta en las masas populares sentimientos de piedad hacia los vencidos por la fuerza, entusiasmo y admiración hacia los heroicos defensores de su independencia, que no han escatimado la sangre ni la vida por ella y por la integridad del suelo que adoptaron por patria, creando en él, tras largas luchas y afanosa tenacidad, tan grandes y respetables intereses cual son en las sociedades humanas el hogar, la familia y la hacienda.

Por esos intereses clama Krüger a todas horas; por ellos ha tratado de recorrer Alemania, como ayer recorrió Francia, pidiendo apoyo para una causa que él cree justa, despertando grandes entusiasmos a su paso.

Pero ¡ay! esos entusiasmos populares no se comunican tan fácilmente a las esferas oficiales desde donde se gobiernan los pueblos, así sean éstos tan influyentes en su vida política como lo es el francés, y tan cachazudos y sensatos cual lo es el alemán.

Hay en esta cuestión dos razones en pugna que se repelen: una de Humanidad, otra de Estado.

Es muy humano y propio de la sensibilidad innata de las gentes cultas ese sentimiento de conmiseración y de piedad hacia el caído, hacia la desgracia; pero el Estado es ageno a todo esto; no entiende las cosas así. La peor recomendación que puede llevarse ante los poderes gubernamentales de cualquier país es presentarse vencido, sin más fuerza que elocuentes y sentimentales alegatos de justicia y de razón.

Sin duda la Biblia, libro arcaico y atrasado, no ha hecho saber al bueno de Krüger que las cosas todas, y muy especialmente las que se refieren a la política, están hoy bastante bien ponderadas para que unas no prevalezcan sobre las otras.

Por ejemplo: el alma popular es entusiasta y ardiente; la razón de Estado es reflexiva y fría. Los pueblos contemplan al Transvaal vencido y subyugado, y sienten indignación y lástima; los gobiernos miran a Inglaterra triunfante y altiva, y sienten recelos y temores; allí donde los unos miran un atropello y un despojo, los otros ven un protectorado y una anexión; lo que para aquéllos es un abuso y una injusticia, es para éstos una afortunada combinación política. El pueblo siente, el Estado piensa: de ahí el que la visita de Krüger, que es motivo de alborozo y entusiasmo para los pueblos, sea causa de preocupación y disgusto para los gobiernos.

Si otra cosa ha pensado al venir a Europa el viejo presidente de la República del Transvaal, inspirándose quizás en sus sentimientos austeros y en sus costumbres patriarcales aprendidas en las leyendas bíblicas, púdeselo muy bien.



que carecen de instrucción, y veis aparecer al pastor milagrero, la bruja que sale del squelarre, las apariciones de espíritus, el loco poseído del demonio, la curandera, el



adivino y hasta el propio don Carlos, a quien se espera cabalgando por los aires para llevar a cabo la tan esperada matanza de liberales. ¡Qué extraño es, pues, que una provincia así constituida, fecunda en todos los elementos de corrupción, fanatismo e ignorancia, sea una de las primeras en sostener la causa del carlismo?

Su organización militar es reconocida por todos, y sabido es que cuenta con una Junta provincial, con Circulares tradicionales en Castellón, Benicarló, Vall de Uxó y Villarreal, y Juntas locales en Aloula de Olivert, Almazora, Alcora, Adzaneta, Altondeguilla, Artana, Algimia, Altura, Benlloch, Benicarló, Borriol, Buñafar, Benicarló, Castellón, Cueva de Vinromá, Candiel, Chert, Balida, Panzara, Figueruelas, Gérica, Lucena, Matet, Morella, Navajas, Onda, Rosell, Suera, Sierra, Eugarcera, Sarratella, San Mateo, Segorbe, Sonja, Torás, Torreblanca, Torredorta, Tules, Uesera, Villanueva de Alcolea, Villar de Canes, Villafamés, Villarreal, Vistabella, Vall de Uxó, Vall de Almouacid y Viver.

De todos estos pueblos salieron aquellos 35.000 peregrinos que se reunieron hace algún tiempo en el Desierto de las Palmas y más tarde en Villarreal, y que hacían exclamar con belicoso ímpetu y acentos de proclama a *La Voz del Maestrazgo*, órgano de don Carlos en esta provincia:

«Si valientes carlistas del Maestrazgo y de la provincia toda, confundidos en fraternal abrazo sobre las cuspides del Desierto, los que en otro tiempo y arma al brazo hacíamos resonar sus valles al grito santo de «Dios, patria y Rey», hemos hecho solemne y nueva promesa de defender tan sagrado lema, el día no lejano de nuestra reconquista. Por las calles y plazas de Benicarló, como por las ventientes del Desierto, una sea vuestra divisa como una vuestra plegaria.

«¡Adelante, pues, valientes soldados de Cristo; hemos dado a conocer al mundo lo que somos con el rosario en la mano; esperemos el día de la Divina justicia para dar a conocer lo que somos, sea cual fuese el terreno que nos deparen las circunstancias.»

Hoy, no obstante, y a pesar de tan graves amenazas contra el espíritu de libertad, y de la paz y sosiego público, cuando ha venido la intencional carlista, la insurrección y la guerra civil, no han logrado que en esta comarca se levantara un solo hombre en armas, no tan solo por las rápidas y acertadas medidas tomadas por el gobierno sino porque el carlismo, contagiado de un positivismo utilitario, va viviendo fuera del ambiente de las doctrinas y de las ideas, y prefiere, unido con los sagastinos, gozar de las dulzuras del poder en la Diputación, en los ayuntamientos y en los juzgados municipales.

Recordad, si no, aquellos días nefastos en que mandaban los fusionistas y en que los cabezallas de don Carlos estaban como en casa propia en el gobierno civil, donde tomaban el santo y seña, imponían sus candidatos y ostentaban una influencia política más valiosa y omnipotente que la de un perfecto ministerial.

No es que el partido carlista haya desaparecido: en el fondo las masas siguen siendo supersticiosas, fanáticas e ignorantes; los que las dirigen, sus jefes, son los que han cambiado de procedimientos, buscando el triunfo por el camino más recto de las cábalas e intrigas electorales que gobiernan insensatos, llamándose liberales, amparan y protegen. Con Sagasta esperan su turno; con don Carlos saben que no les llegará jamás.

De cualquier modo, el carlismo es un peligro social y político, y aquí una enfermedad endémica que debe combatirse sin tregua, generalizando la instrucción, fomentando el bienestar por el trabajo, y tomando los gobiernos todas aquellas medidas de prudencia y de salvación pública necesarias para afianzar un régimen de libertad por el que tanta sangre se ha derramado.

DOMINGO CALVO

Castellón.

En una de esas hojas llenas de patrañas que el clericalismo reparte, leo lo siguiente:

«Para probar el glorioso Patriarca Santo Domingo a los herejes la verdad de la religión católica y la falsedad de la herejía, echó a una hoguera algunos libros de los católicos y otros de los herejes, y con grande asombro vió todo el pueblo que, mientras se reducían a cenizas los libros de los herejes, los de los católicos no se quemaban, antes resplandecían con extraña claridad en medio de las llamas.»

Lo mismo ocurriría si me arrojaran a mí al fuego con un obispo.

Si hay uno que se preste a realizar la prueba, yo estoy dispuesto.

Quedo esperando adhesiones.

## Y es para reirse

Los extractos de las sesiones del Congreso que publican los periódicos, están llenos de estos parentesis. (Risas.) (Más risas.) (Grandes risas.)

Se comprende que los diputados y el público de las tribunas sientan tales comezones de hilaridad ante el espectáculo que allí se representa y ante la situación ridícula en que se hallan varios personajes de los que con más frecuencia actúan.

Romero Robledo, ayer el más activo y entusiasta paladín de la restauración borbónica, muéstrase hoy displicente con ella y está a dos dedos de declararla fracasada por

completo, sintiéndose casi tan revolucionario como en los últimos tiempos del reinado de Isabel II.

Villaverde, a quien la monarquía de Alfonso XII cogió siendo casi republicano, pónese indignado y furioso contra todo lo que no sea respeto y acatamiento a las cosas y personas que a la monarquía atañen, y se siente hoy monárquico hasta la médula.

Así es que el coloquio entre ambos personajes tiene forzosamente que resultar gracioso y regocijado.

En Romero, aparte de su temperamento batallador, su talento fino y sus grandes dotes de hombre parlamentario, condiciones que no pueden negarse, no se ve más que el despecho, la nostalgia de la jefatura y la preponderancia. La idea, fija en su mente, de que él, con su ingenio, con su travesura, con sus grandes aptitudes para la política de empresas y encrucijadas que es propia de la restauración, haya sido pospuesto a su eterno rival, que en política sólo se ha distinguido por el cúmulo de necesidades y torpezas cometidas, no le puede soportar con calma.

En Villaverde, solamente se ve algo más prosaico y antipático: lo gratitud de un estómago repleto y abito en la mesa de la restauración. Y nada más. Esta es la única causa de su actitud actual.

El uno está descontento y despechado porque, teniendo condiciones y habiendo hecho méritos para obtenerlo todo, no le han dado casi nada.

El otro hállase satisfecho y lleno de vanidad porque, sin méritos ni aptitudes lo ha logrado todo, no mereciendo casi nada.

Y es natural lo que ocurre. El público, ante la actitud cómica de ambos personajes, al oír las frases incisivas e intencionadas de Romero Robledo dirigidas a la monarquía, y los desplantes soberbios, gritos y campanillazos de Villaverde defendiéndola, se ríe... ¿Qué ha de hacer sino reírse?

¿Como no fuera cojer una escoba...

J. C.

## A cura por barba

La Dirección general de Penales ha dirigido una circular a los gobernadores e interesándoles la necesidad de que en todas las cárceles exista el cargo de capellán sostenido por los ayuntamientos como servicio obligatorio.

Comprendería que en cada cárcel hubiese un maestro. ¿Pero un cura?

Los que en tantos años como lleva en España imperando el catolicismo no han sabido formar generaciones de hombres honrados ¿qué falta hacen en las cárceles?

Pan intelectual y pan de trigo, es lo que necesitan los que se hallan en ella, para regenerarse y fortalecerse, ya que, en el hecho de haber ingresado prueban (exceptuó a los que están injustamente, bastantes en número) que la religión no es un freno.

Como los dejáramos, iban los restauradores a proveer de un cura a cada escaño.

Y si por mí no llueve, que me manden pronto el que me toque en desgracia. Quizás me distrajera un poco. ¡Estoy tan aburrido de esta vida perra que hago, hablando de jefes republicanos que nada hacen y de clericales que hacen tanto!...

## Conversión y boda

«Se habla mucho estos días en los círculos católicos, en los universitarios y en los republicanos, de una boda recientemente celebrada con circunstancias especiales.

Son los contrayentes don Francisco Barnés, ilustrado y benemérito catedrático del Instituto de Pamplona y la distinguida señorita hija de don Urbano González Serrano, catedrático de filosofía en el Instituto de San Isidro y publicista muy conocido por sus ideas anticatólicas y su filiación salmeroniana.

El novio es hijo de aquel famoso Barnés, presbítero de Lorca y catedrático de la Universidad de Sevilla, que se separó de la Iglesia, murió fuera de su seno y así lo hizo consignar en su lápida mortuoria que aún figura en el cementerio de dicha ciudad. La novia, aunque hija de quien es y de una señora nada clerical, se había educado por disposición paterna en un colegio de monjas ursulinas y es ferviente católica.

No lo era el que hoy se llama su esposo, pues ni aun estaba bautizado, y así, para verificarse la boda, tanto la novia como sus padres exigieron que había de ser según el rito católico, y al efecto, un Padre Martínez, escolapio, si no mienten nuestros informes, parece que instruyó al joven profesor en nuestra religión por gestiones de un señor Alfaro, secretario del Instituto de San Isidro, lo bautizó, y así pudo verificarse el deseado enlace hará unos días, en la parroquia del Buen Consejo, que es una capilla del templo de San Isidro.

Todo esto nada tiene de particular, y para los que somos creyentes constituye un motivo de regocijo, tanto por la conversión del señor Barnés, que es hombre católico, cuanto porque supone en su illustre suegro, no menos sabio, ciertas simpatías o aproximaciones al catolicismo, que permiten concebir esperanzas.

Pero aquí entran los inconvenientes de estas épocas de gonzolofía utilitaria. Si la boda se hubiera realizado en tiempo de

Isabel II, ó de la revolución, ó de la República, por ejemplo, nadie hubiera tenido cosa que decir; mas ahora, cuando ciertas ideas destierran a todo el mundo de las regiones del favor y hasta lo alejan de toda probabilidad de alcanzar siquiera justicia, mientras otras, ó al menos su apariencia y formas, son llave que abre todas las puertas; y si añadimos la intervención de ese señor Alfaro, tan neo, se comprende que ciertos puritanos, tanto más suspicaces cuanto más han sufrido por su consecuencia en las ideas anticlericales, se ocupen de este suceso con marcada insistencia, haciéndolo motivo de discusiones y comentarios, en los centros docentes sobre todo, y en los de la política.

Nosotros, que no somos intransigentes, ni dados a juzgar *de internis*, nos limitamos a desear vida feliz a los novios, felicitándonos por la venida de uno de ellos al redil de nuestra madre la Iglesia.

Curado de espanto estoy en todo lo que con debilidades y acomodamientos de demócratas y republicanos se relaciona; pero, francamente, confieso que me ha dejado estupefacto eso que copio de *El País*, y no por el hecho en sí mismo, sino por tratarse de un hombre como González Serrano.

Hace pocos días me dijeron que un hombre tan significado como el catedrático de Oviedo, don Rafael Altamira, había enviado a la censura eclesiástica el libro de historia que está escribiendo; algunos antes, que un señor Castell, muy federal y muy presidente de *La Conciencia Libre*, sociedad fundada para actos civiles, se había casado por la Iglesia; apenas transcurre una semana sin oír algo parecido; mas declaro que ninguna noticia de esas me produjo el deplorable efecto que la referente a González Serrano.

En quién confiar ya, cuando hasta os sabios que alardean de racionalistas convencidos obran así?

Pero, no; esa noticia no puede ser cierta, y por esto no hago comentarios sobre ella hasta la semana próxima, seguro de que será desmentida. Lo ansio de todas veras, para no verme obligado a censurar duramente a un correligionario que tengo en gran estima.

## Cuestiones económicas

MONJAS Y FRAILES

La muerte casual de una monja muy hermosa me surgió esta vez la idea ordinaria de lamentar la muerte y de llorar la belleza estéril de la pobre muchacha robada por sí misma y por su gusto al amor, al placer, a la maternidad.

Por el hilo se saca el ovillo, por la monja—perdón—se saca al fraile; por el fraile—sin perdón—se piensa en el convento.

Ya en el convento, no creáis que hablo de lo imbecil de la religión. Eso es agua pasada. Nada de eso. Mas muy en moda las teorías económicas—«ese de la vida, nervio de la sociedad, alma de todo»—hablaré de la existencia claustral desde el punto de vista material, de dinero.

Hay en mi barrio—yo vivo en Chamberí,—«la mar» de conventos de monjas y de frailes.

Redentoristas, evangelistas, loyalistas y sabalistas. En cada calle uno; en algunas calles dos; tres en algunas.

Son casas con aspecto uniforme, como los hábitos monjiles y fraileños. Son casas fuertes, como los castillos: con ojivas que parecen saeteras; con verjas que parecen barbacanas; con torres semejantes a torres de homenaje, dispuestas a arrojar aceite hirviendo ó plomo derretido al sitiador. Son casas feas; exteriormente de mucha tristeza y mucha sombra. En ellas viven esos tíos fornidos y grandes que pasean por Madrid sus corpachones, y sus caras en que quieren poner, sin conseguirlo, aspecto de humildad, que no tienen.

Y a mí me importa poco que en los conventos esos y por esos hombres nada se haga sino el culto a la Virgen. Cuenta es de ellos y de quienes crean en ellos. Y hasta paso porque su ociosidad quite brazos al trabajo. Mas no puedo pasar por lo que gastan.

Una beata amiga mía—amiga mía, puesto que piensa que voy a diario a rezar salves a la Iglesia—una beata *penitencia*, muerta de hambre, y, por lo tanto, vestida de muy mala «estameña» y cubierta con manto muy raído, me ha dicho con acento de entusiasmo:

«¡Qué hermosos los conventos e iglesias que tenemos en Chamberí y en Salamanca! ¡Qué lujo, qué esplendor, qué grandeza!

Nada de aquello de los templos antiguos donde rezaba una de rodillas ó sentada sobre el santo suelo, con mucho frío, con poca luz, sin suerte ninguna de comodidades. Muy pocos de los templos nuevos están faltos de muy nutritiva luz eléctrica, de cómodas sillas reclinatorias, de amplios, buhidos y tallados bancos y hasta de buena pila que cubra el suelo en el invierno. Ya no son las imágenes aquellas barrocas y chillonas de otros tiempos. Todo severidad, sencillez, elegancia y hasta limpieza, da gloria ver estos nuevos altares con estas imágenes tan bellas. Los púlpitos una obra de arte; los confesionarios una obra de arte y de comodidad. Se halla muy bien el confesor; se halla muy bien el penitente; se hace más corto el tiempo; se recuerdan más fácilmente los pecados; se sale más limpio y más «descargado» de allí. ¿Y los curas? ¿Y los sacristanes? ¿Y los monaguillos? Nadie ve ahora la casulla defecada, las sotanas llenas de cera, ni al monaco astro que pide con un mal capillo y lleva un traje hecho pedazos y un calzado hecho trizas.

¡Y qué bien educados! ¡Y qué finos! No hay duda que la religión prospera mucho. Es obra tan sabia esta de los frailes, que han conseguido sacar de su oratorio lujoso a la marquesa, muy complacida ahora en ir a los conventos, serios por fuera, muy hermosos por dentro, de Chamberí y de Salamanca.

Figúrese usted, amigo mío; si voy a comparar la Iglesia y el teatro! Pero aunque en orden místico y divino, el convento tiene también su día de moda. El lunes aquí, el martes allí; cada día de la semana hay un par de santos edificios que brin-

dan al creyente con los esplendores del culto y con las santidades de la religión. ¡Cuánto coche con cuánto gran lacayo se ve en determinada hora y día a la puerta de determinado templo! ¡Ah! ¿qué pasa? Pues que a los frailes—quienes nada tienen, ni poseen—encuentran que cada día les ayudan más, y todo en gracia del honor y el aspecto y la majestad divina.

Hoy un traje, mañana un confesonario, el otro un altar. Un grande, residente en la calle de Génova, ha gastado hace poco 19.000 duros en un retablo para el convento de redentoristas del paseo de Luchana. Por cierto que han levantado junto a una fábrica de electricidad, donde hay también, por cierto, unos trabajadores muy sucios, y bueno se va a poner de humo todo aquello.

Y arriba hay otro convento, con otro retablo igual también, que ha costado otros 18.000 duros. ¡Hay mucha caridad, mucha caridad cristiana todavía!

Yo brindo esto a los que piden economías.

La religión ya no es temible como idea para las que llevamos arrancado a la ley el permiso de reirnos de ella. Mas para todos, y para nosotros, es muy temible si se la mira por el lado de lo que gasta en balde y de lo que consume sin fruto.

Yo no sé de estadísticas. Hágalas quien lo sepa. Quisiera hacer la cuenta de los céntimos propios, y jamás, en detalle, haré la cuenta de los duros ajenos. Si supiera hacer versos trataría igual que Núñez de Arce una cuestión social y escribiría un *Fray Martín* en verso libre.

Hay en España millares de iglesias, de capillas, de conventos, viviendo de igual modo que esos frailes tan «cerca» de esas casas tan feas de Salamanca y Chamberí. Quítale el presupuesto del clero y pondrá contribución al clero como a cualquier industria.

No sólo nos roba el caciquismo, ni el diputado, ni el empleado, ni ningún burócrata, ni ningún político.

Róbanos más que todos esos, los ladrones que en vez de «distraer» unos fondos, «distraen» una conciencia; y... además... le sacan los cuartos.

Acabemos con ellos.

CLAUDIO FROLLO

## Para verdades el tiempo

Han desaparecido por el pronto (gracias a Dios, como dirá cualquier demócrata *católico apostólico romano*), 6 gracias a un poco de energía demostrada por el gobierno (como creemos los que lógicamente pensamos), las tristísimas perspectivas de otra guerra civil.

Cuando, por ahora hace un año, se pusieron de moda las chapas del Sagrado Corazón de Jesús, y con tal motivo la colocaron en los portales de sus respectivas casas los reaccionarios y algunos demócratas, hombres que militan en este último campo fueron calificados como intransigentes y amigos de dar siempre la nota discordante, y aun faltó poco para que fueran apaleados por sus propios correligionarios, por haber querido demostrar que aquellos actos estaban reñidos completamente con los fundamentales principios democráticos, y que las chapas eran y son símbolos carlistas, no emblemas cristianos. Todos recordamos que por aquella época, y al grito de «viva el Sagrado Corazón», se trató de asesinar por bordas absolutistas a los distinguidos demócratas Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano.

El tiempo, y la última intencional de los carlistas, nos han demostrado claramente que estábamos en lo firme los que censuramos a los demócratas que hicieron ostentación de fe católica colocando las consabidas chapas, pues el Corazón de Jesús llevaban los latrofaciosos de Badalona, y el Corazón de Jesús ostentaban grabado los sellos encontrados por la policía a determinados carlistas. Luego el Corazón de Jesús no era emblema de la religión católica, sino bandera ó distintivo carlista, exactamente igual que el gorro frigio lo es de los republicanos españoles y la cinta tricolor lo fue de los revolucionarios franceses.

Sentimos cierta rara alegría al ver que a raíz de la intencional se iniciaba en los grandes rotativos, que tanto han contribuido a darle fuerza al carlismo, la protesta contra el clericalismo y la invasión fraileña, y nos forjábamos la ilusión de que íbamos a presenciar el principio del fin. Detrás de la protesta débilmente formulada, pero protesta al cabo, vendría la campaña activa y recia contra los enemigos eternos de la patria y de la humanidad, contra el jesuitismo, ese inmenso pulpo de negra conciencia; y en pos de esa gran prensa, secundándola en su campaña, vendría la opinión toda a rescatar el arca santa de la libertad del poder de los fariseos y a fundar el Estado inteligente y libre. Pero como nadie es profeta en su tierra, los que pensábamos así nos hemos equivocado: con la desaparición del peligro ha venido nuestra desilusión.

La gran prensa continúa, como hasta aquí, posponiendo el interés de la nación al suyo particular; el egoísmo del perro chico mata en flor sus iniciativas, y sigue nadando entre dos aguas, esto es, queriendo contentar a todos, y haciendo factible para plazo más ó menos corto otra nueva intencional de los ámulos de Santa Cruz y de Saballs.

Continúa asimismo el pueblo en su imbecilidad, *ilustrándose* con el chulaperismo y los espectáculos taurófilos, sirviendo de comparsa en romerías, procesiones y rosarios, amen de celebrar como hasta ahora cualquier acontecimiento religioso, ya sea triste ó alegre, emborrachándose y propinándose de paso, para mayor gloria de Dios, grandes cachetinas, palos y navajazos.

Continúa la libertad a los pies de curas, frailes y beatos de todas calañas, realizándose todos los días actos salvajes como el del cardenal ayuntamiento de Roquetas con el cadáver del hijo de mi querido amigo Abarrategui.

Y, por último, continúa el Africa empujando en los Pirineos.

—Y los republicanos?...—Tan buenos.

FRANCISCO IOMEU

Puerto de Santa María 5 Diciembre de 1900.

## TOMEMOS NOTA

Manifestaciones hechas por un joven ilustrado militar en Pamplona:

«La guarnición de Pamplona no es numerosa para los tiempos que atravesamos, y con ella, tal como hoy está, se puede perseguir a tres ó cuatro grupos armados, pues es una ley táctica que se necesita cuadruplicar número de fuerzas para nada más que tener en jaque a partidarios que, como en este país, cuentan con el apoyo moral de sus habitantes, son conocedores del terreno, y pueden muy bien ocultarse en las fragosidades de las sierras, desconcertando y aburiendo a sus perseguidores.

En un caso de alarma, de Pamplona sólo puede salir la mitad de la guarnición, pues la otra mitad debe quedarse para guarnecer esta plaza fuerte, dado el carácter carlista de muchos de sus habitantes.

Con los destacamentos de Puento la Reina, Vera y Elizondo no se debe contar para la persecución.

En el caso de un levantamiento, el primero de los destacamentos citados no podría moverse, concentrándose su guarnición en el fuerte Isabel para poder guardar las comunicaciones entre Estella y Pamplona.

De los otros dos, enclavados como están en el Pirineo, su misión es mantenerse en sus puestos para vigilar y evitar en lo posible el contrabando de armas, dificultar el paso de partidarios de Francia, y, en una palabra, para aislar a los carlistas de su centro de operaciones, que siempre ha sido la frontera; pero para lograr esto en parte, se deben aumentar las guarniciones de Vera y Elizondo.

Con respecto a la guarnición de Estella, todo el mundo sabe que este punto es el foco principal del carlismo en Navarra, y que, por consiguiente, no pueden distraerse fuerzas.

Como medida preventiva, debían tomarse los puntos estratégicos de la provincia, que, como Tafalla, Sangüesa y Alsasua, permiten acudir en breves horas a cualquier punto amenazado, siendo necesario para esto transportar tropas de otras guarniciones.

En una palabra, es preciso vivir prevenidos tratándose de enemigo tan solapado, y no gularse por falsas apariencias, pues si el movimiento de Cataluña ha fracasado, ¿se puede asegurar que está aniquilado el carlismo?

Conviene ir tomando nota de todas estas opiniones para cuando los carlistas vuelvan a echarse al campo, que no tardará mucho.

Para qué, si no, se han establecido tantos conventos en España? Mientras los veamos en pie, y habitados, el peligro subsistirá.

## ¡Ojo, que asan carne!

Las tres cosas que Pidal arreglaría con el Vaticano, si a Roma fuera, que quizás no.

Primera:—La naturalización en España de los monacales, incluso los jesuitas, pero hecha del modo que convenga a éstos y en contra de los intereses de España.

Segunda:—El que todos los frailes y jesuitas que expulse la República francesa, ó que no pudiendo ya vivir en ella sin los antiguos privilegios tengan que dejarla; vengan a España.

Tercera:—La devolución a las congregaciones religiosas, en bienes y dinero, del importe de la desamortización.

Este asunto lo viene trabajando con gran secreto el Vaticano hace ya tiempo; desde la subida de Polavieja. En el Congreso católico de Burgos se trató con cierto misterio, y ahora Azcárraga, los Pidales, Vadillo, Ugarte, Sánchez Toca y otros neos, siguen madurándolo. El Padre Montaña lo trabaja con ahínco, y los jesuitas, y los obispos que son frailes.

Es una enormidad; pero también lo era la admisión en España de los frailes contra todo el derecho vigente y ya está consumada. Otra enormidad será darles carta de naturaleza, también violando leyes y concordatos, y ya se ha visto cómo Azcárraga con cuatro palabras lo ha dado por hecho y nadie ha despedido sus labios. La consecuencia inmediata de ambas cosas tenía que ser ésta: devolver a las congregaciones frailes y monjiles los bienes que les vendió la desamortización liberal.

Surge una dificultad. Esos bienes se hallan hoy en poder de particulares, casi todos neos, carlistas e integristas. Los Pidales tienen muchos; Silvela, Loring, Gamazo, Maura, los Benjuméa etc., no dejarán de poseer algunos, y el mismo real patrimonio debe usufructuar bienes de esos. ¿Cómo iban a privarse ellos mismos de tal riqueza?

Y en efecto, no se privarán; por eso mismo Pidal, uno de los interesados, ha querido encargarse de la negociación. Quien va a pagar el pato es el eterno burro de carga, el contribuyente.

Se adquirió el compromiso con el Vaticano, pero se le hará ver que el despojar a los actuales poseedores sería una perturbación, máxime siendo fervientes católicos muchos de ellos. Por otra parte, no es posible que cada finca vuelva a ser de la Orden y convento que la poseyó, porque ya no existen gran parte de aquellos conventos, y de los que restan, el que fué de franciscanos lo tienen ahora jesuitas, y el de dominicos lo habitan monjas del Carmen, como quiera que durante la restauración cada Orden ha luchado sin piedad contra las otras por adquirir domicilios sin mirar de quién hubieran sido antes.



Para evitar confusiones tantas, y sobre todo para no privar de bienes a los neos y a ciertos polígonos temibles, se considerará esa devolución como carga de justicia; se hará un apéndice al Concordato expresando que todas las órdenes monásticas pueden ya existir en España, sean o no de españoles, y que a las despojadas en 1835 se les devolverán sus bienes de este modo:

1.º Todos los terrenos, fincas, predios etc., que estuviesen en poder de ayuntamientos, de diputaciones, o del Estado, y los que aún no hubieran sido vendidos, se adjudicarán a los monacales.

2.º Se formará anualmente un nuevo presupuesto del clero regular por vía de indemnización, repartible equitativamente, según las disposiciones que sean del caso, lo mismo que las fincas arriba dichas.

3.º En todos los abintestados en que figuren bienes nacionales, volverán éstos a ser propiedad de sus antiguos poseedores monásticos.

Estas disposiciones no rigen por ahora con el clero, que ya está pagado con el presupuesto eclesiástico; además, a Roma y a la reacción les preocupa muy poco, porque el fin de todo este plan es suprimirlo y que no haya en España más que frailes para todo servicio, como sucedía en Filipinas. ¡Lo que hoy es del clero, también ha de ir al fraile!

Todo esto se piensa hacer, y pronto; y cualquiera comprenderá que resultará en beneficio del carlismo. El día que éste se apodere de España, ya no tendrá esa cuestión tremenda que resolver, una de las que más voluntades le hubiera enagenado.

¿Qué tal el proyecto? ¿Os gusta, contribuyentes liberales? A mí muchísimo; a ver si así os revientan del todo.

¿Dónde está la reacción? ¿pregnábais estúpida. Que haya tranquilidad, y mande Juan o mande Pedro; la libertad de imprenta o de conciencia nos tiene sin cuidado; además, ya está asegurada.

Y mientras os entregáis como idiotas a ese excepticismo, y hasta creáis que el ser muy liberal no vestía bien y era cursi, los neos hacían su camino. Y ved hasta dónde han llegado y lo que ya ha venido.

De igual manera vendrá la Inquisición y el tormento, y el cubre fuego, y todas las leyes carlo-integristas que no a humo de pajas estamos publicando. Y vendrá el carlismo rabioso, y seréis nuevos filipinos, esclavos del fraile, tratados a latigazos, pisoteados, deshonradas vuestras mujeres y explotado vuestro bolsillo. Justo castigo a vuestra simpleza.

¿Que no llegará eso? ¿Por qué no? Lo más gordo ha llegado; lo que falta... si no hay un despertar enérgico, no tardaremos en verlo, y os estará bien merecido.

En contra de los carlistas pienso como Nakens y Blasco Ibañez, y abomino de los republicanos que estaban gozosos de que «hubieran empezado el melón» —¡no están ellos malos melones!— y se mostraban indiferentes ante la lucha entre carlistas y cristinos o alfonsinos. No digo al lado de Ugarte y de Azárraga; al lado de Satanás me pondría yo para combatir a don Carlos.

ROBERTO CASTROVIDO

## El derecho carlista

EL TRABAJO DEL DOMINGO

El trabajo en el domingo y los días festivos, cuyo número aumentan los carlistas en casi otro tanto que el de las fiestas de hoy, porque restituirían todas las suprimidas y crearían muchas nuevas, en lo que seguramente el Papa no les habla de ir a la mano, quedaría en absoluto prohibido. Véase, pues, el criterio carlista sobre el trabajo en estas breves pero sustanciosas bases.

1.º Bajo la pena de fuertes multas y otras penas más severas, según las circunstancias, será prohibido el trabajo en los días festivos generalmente.

2.º No tendrán valor alguno los tratos, contratos o disposiciones actuados en los días festivos. ¿Y los testamentos? Porque la cosa es grave. Suponemos que serían válidos únicamente los otorgados en favor del Papa o de los frailes.

3.º Serán cerrados absolutamente todos los locales donde se trabaja; fábricas, talleres, comercios, tiendas, teatros, y todo establecimiento, de cualquier género que sea, que pública o clandestinamente funcione en dichos días, y será confiscado cuanto en ellos se halle.

4.º Serán suspendidas, disueltas y multadas las compañías o sociedades de ferrocarril, banca, giro, transporte y todas aquellas cuyo trabajo sea opuesto a las fiestas, si en ellas funcionaren. (Y como no hay trabajo que no sea opuesto a las fiestas más que las funciones de Iglesia...)

5.º (Y graciosa para los obreros y aún más para los empleados. Su autor ha querido redimirnos a todos ¡con diez horas de trabajo!) Para que la familia entre en su estado normal y sus individuos puedan darse a la oración, así como para poner límites a la avaricia, las horas de trabajo no serán más que diez al día, de seis de la mañana a seis de la tarde (así, hasta señalando las horas), mediando dos para el descanso. A la misma regla se sujetarán todas las oficinas del Estado, tribunales, bufetes, comercios y todo establecimiento público. (De manera que no se le comerciante quiere cerrar a las cinco porque no le ha dado la gana de trabajar más que nueve horas, a la cárcel con él? Y después de todo, lo merecerá, por haber dejado triunfar al carlismo.)

BASES RELATIVAS AL ORDEN PÚBLICO

1.º Se prohibirá, con la mayor severidad, que los jóvenes anden por las noches vagueando en las llamadas rondas, y serán llevados al servicio de las armas los que se sustraigan al dominio paterno.

2.º (Y estúpida) Siendo los cafés, tabernas, fondas y demás casas similares, los fomentadores activos de la gula, pasatiempo, intrigas y tapadera de no pocas iniquidades serán suprimidos. El que quiera café, comer o beber, que compre lo necesario y lo condimente en su casa. (Textual. ¡Ya lo saben los gremios de fondas, cafés, tabernas y similares; se acabó la industria, a meterse frailes y comer sin trabajar.)

3.º Las casas de huéspedes, de comidas, refrescos (¡Ah! ¿se podrá refrescar? ¿Que tolerancia! Muchas gracias) y demás artículos preciosos para transeúntes, trabajadores y necesitados, estarán vigilados constantemente por la autoridad, y solo se permitirán los precios, según las circunstancias. (No fice a juicio de quién, pero se supone que será del obispo o del prior de los frailes que haya en la localidad.)

4.º Se recogerán todas las armas, pues no podrán usarse más que los militares, guardas, etc. El contraventor será multado y el reincidente al Ejército. (Si, ya que demostró la alusión... ¿Pero y los cazadores? ¿O no se podrá cazar más que sin armas?)

5.º El que venda o fabrique armas fuera de los establecimientos del Estado que a eso se destinan, será condenado a presidio, que se elevará a perpetuo para el reincidente.

6.º Lo mismo se entenderá de toda droga o composición venenosa, explosivo, etc. (De modo que no habrá más bichas que las del Estado...)

7.º Por ley especial se prohibirá a las mujeres todo traje provocativo. (Aviso a las señoras que tan honestamente descoladas, hasta... muy abajo, asisten al líal y a los bailes de alta sociedad en traje llamado «de corte.» ¿Pero es posible que Chapa admitiera esta ley?)

8.º No se venderán fincas sino a los que habitan el pueblo en que radican, ni tampoco a los que sean ajenos a la agricultura o carácter de la casa puesta en venta. (Es esto de tal manera monstruoso, que se cree estar soñando al leerlo: Aprendan los que se figuran que dominados por la Iglesia saldrían gananciosos.)

9.º (Y de las gordas) Toda autoridad fiscalizará por sí y por sus ministros el estado de las familias (¡Ni el sagrado del hogar!) y a toda persona que se ocupe en chismes, intrigas y otras cosas que desunan a la familia, la castigarán ejemplarmente hasta con reclusión perpetua. (Y no quedaría una devota para un remedio a los seis meses de vigilia esta ley.)

10.º El que por escrito o impreso o de otro modo público promueva divisiones o difamara (sobre todo a los frailes ¿eh?) será condenado a reparar el daño con sus bienes y a presidio.

11.º Se restablecerá la antigua práctica de inspeccionar las cocinas y aún presenciar los convites y las comidas particulares en días de vigilia, para que las autoridades civiles y eclesiásticas sepan quiénes la observan y puedan castigar a los no observantes con multas, prisión, publicar su nombre a las puertas del templo y otras por el estilo. (De esta antigua e insostenible práctica viene aquello de oler donde guisan y la precaución de tener sardinas y otros pescados de olor fuerte en sitio próximo a las puertas... Volveríamos con el carlismo a tan felices tiempos.)

12.º Todo el que faltare a misa, a la comunión pascual, a los actos religiosos ordinarios, o no tuviere en su casa imágenes o diera muestras de frialdad religiosa o de indiferencia, será reputado como público escandaloso y como tal castigado a destierro, prisión y aún otras penas más graves.

(Continuará.)

Un periódico carlista de Sevilla ha dicho, hablando de la prensa:

«¿Qué deben, pues, hacer los que quieren cumplir con los deberes que la fe y salvación eterna les imponen en esta materia? ¡Félo aquí!

1.º No abonarse jamás a ningún periódico malo, ni comprarle sin absoluta necesidad. Si por ello hay que pasar días sin ningún papel, el mal no será grande, ni merece siquiera el nombre de mal.»

Y en otro periódico le contestan:

«Será esta gente desaseada, cuando asegura que pasar varios días sin ningún papel no ocasionará mal alguno?

¡Pobres beatas las que estén de purga y no tengan a mano un periódico de los de su comunión!

¿Que cuál es el colega que contesta con tanta gracia?

—El único que puede hacerlo, por tener la suerte de contar entre sus redactores el sin par Carrasquilla: El Balmarte.

## VIVAMOS PREVENIDOS

Siempre hemos creído que los gobiernos de la restauración han sido canas conscientes de la propaganda carlista y de su organización para pasar del pie de paz al de guerra.

La última algarada carlista y los cientos de armas que se han encontrado escondidas en distintos puntos lo atestiguan. No se compran armas en tal cantidad y se transportan tan fácilmente a puntos lejanos haciendo gobiernos y autoridades que vigilan.

Esta provincia de Navarra es la que mayor contingente puede prestar al carlismo, y donde merced a las condiciones del terreno, una vez levantado en armas, es más difícil su extinción si ya de antemano no están tomadas las debidas precauciones.

Pues bien: en provincia tan extensa y accidentada como ésta, no existen más guarniciones que la de Pamplona y Estella, compuesta la primera de tres regimientos de infantería, tan mermados, que es seguro no hubieran podido lanzar dos mil hombres al campo para operar. Hay también un regimiento de caballería que sólo podría atender a las primeras operaciones en la cuenca de Pamplona, quedando la Ribera completamente abandonada.

El batallón que está en Estella, no teniendo guarnecido y artillado el Montejuerra, resulta insuficiente y hállase expuesto a un descalabro. Las compañías que están en Puente la Reina, Elizondo y Vera, sobre todo estas dos últimas, por lo escaso de su fuerza, y por lo alejadas que están de la capital, único punto que puede enviarles auxilios, se encuentran seriamente comprometidas.

Urge, pues, que el Excmo. señor ministro de la Guerra y el comandante en jefe de este cuerpo de ejército, envíen por lo menos

una división más de infantería y un regimiento de caballería a Navarra.

Los tres regimientos de infantería y el de caballería que hoy guarnecen esta capital, no deben destacar fuerza alguna; antes al contrario, deben hallarse más unidos sus batallones para acudir donde fuese necesario.

Precisa artillar y guarnecer siquiera con una compañía el fuerte de Montejuerra y con la otra la ermita Monjardin, a fin de que la guarnición de Estella pueda manobrar libremente, y darse la mano con las fuerzas destacadas en Puente la Reina, que deben constar de un batallón para dejar los fuertes que existen guarnecidos y salir el resto a operaciones.

Tafalla y Sangüesa, ciudades importantes por su comercio, deben estar al abrigo de cualquier golpe de mano. Tiene la primera un fuerte, que debiera estar constantemente guarnecido; y la segunda, además de ser eminentemente carlista, es la llave de toda aquella merindad.

Puntos tan estratégicos para una guerra civil en esta provincia como Irarzun y Alsasua deben hallarse también bien guarnecidos para vigilar los pasos de Sierra Andía, así como el puerto de Velate y las importantes villas de Aiz, Santesteban y el valle de Baztán.

Con dichos destacamentos y un regimiento de caballería bien distribuido en la Ribera, sería muy difícil un levantamiento carlista; y, de llevarse a cabo, podría ser en el acto reprimido.

Nosotros sabemos que el Excmo. señor general gobernador militar de esta plaza, cree que por ahora ha pasado el temor de una algarada facciosa, lo cual es lo mismo que suponer que no estamos libres de que pueda tener lugar mañana o otro día; y nos consta también que dicho señor general es opuesto a la diseminación de fuerzas, sobre todo de destacamentos de compañías que apenas tienen cincuenta hombres, y que, en efecto, nada evitan, y están expuestas, como la de Vera, a un descalabro. Pero creemos que el general de Santiago vería con gusto se aumentaran las fuerzas de esta provincia con una división más de infantería y un regimiento de caballería, para así poder destinar un par de batallones a ocupar Velate y la línea de Bidasoa, otro batallón a la Barranca, otro a Tafalla, otro a Larraga y Lerín, otro a Puente la Reina, otro a Sangüesa y otro dividido entre Lumbier y Aiz.

Merece la pena que los Excmos. señores ministros de la Guerra y Gobernación y comandante en jefe de este cuerpo de ejército estudien el asunto y lo lleven a la práctica, pues con tales medidas se pueden ahorrar a la patria días de luto y de vergüenza. Hay que vivir prevenidos.

EL PORVENIR NAVARRO.

## Una excomunión

El obispo de Pamplona ha excomulgado a El Porvenir Navarro, periódico que viene sosteniendo ruda campaña contra los clérigos y los frailes que faltan a sus deberes, y por lo tanto, restándole fuerzas al carlismo. Y que lo ha excomulgado sólo por esto último, maldita la duda que cabe, no siendo El Porvenir, como es El Motín, un periódico archidespampanantemente irreligioso. Hace dos números escribía:

«Siempre hemos dicho que somos republicanos, que como tales respetamos las creencias de todos cuando son sinceramente profesadas, y que por tanto no tenemos por qué combatir dogmas de ésta ni de aquella religión.

Lejos también de nosotros el propósito de mortificar a nadie porque vaya mucho o deje de ir a la iglesia. Allí cada cual se las haya con su conciencia.»

No estoy conforme con esa teoría, pero leanconste, para justificar mi anterior aserto, El Porvenir piensa de ese modo.

Desde que hizo aquella hermosa campaña contra el escolapio Doroteo por aquellas niñerías indecentes, previó lo que acaba de ocurrirle, y mucho más después de haber espantado de los montes de Ysa al peñe que, con aquiescencia de todos los curas y ayuda de algunos, hacía propaganda carlista y deshacía niñas inocentes. Lo que me choca es que haya el obispo tardado tanto tiempo en soltarle la excomunión. (Antes que se me olvide. Yo tengo a cuestas cuarenta y siete, y maldito si lo advierto, ni aun al hacer la digestión, requisito indispensable para llevar esta vida perra con cierta alegría. Y se lo advierto a los correligionarios que lean El Porvenir, para que no se asusten ni se achiquen.)

Basilio Lacort, que lo dirige, publica una carta, de varias que piensa dedicar al obispo excomulgador, que termina de este modo:

«Con V. S. I. tengo una cuenta pendiente, y ésta la saldaremos en el número próximo. Ya la gente sabe que soy un excomulgado por decir la verdad: bueno es que sepa también quién es el obispo excomulgador; y luego que juzgue.»

Impaciente estoy por recibir el próximo número de El Porvenir, pues vendrá bueno. Y ciente el querido colega con que desde hoy, ya que no pueda hacer otra cosa, lo encomendaré a Dios en mis cortas oraciones.

Escrito lo anterior, leo en El País el telegrama siguiente:

Pamplona 5 (10 m.)

La cuestión surgida entre el obispo y el periódico de esta capital El Porvenir Navarro, continúa siendo el asunto del día y no se habla más que de esto en todas partes.

Una numerosa Comisión de señoras visitó esta mañana al obispo, prometiéndole hacer cuanto sea posible en contra del semanario excomulgado.

Las citadas señoras demostraron al prelado su indignación contra el liberal periódico, formulando precavimientos eficaces para destruir al colega.

La indignación de muchas de esas beatas es tal contra El Porvenir, que ante el prelado lloraron amargamente, ofreciendo aniquilar el periódico y perseguir sin descanso a su director.

Para que se vea hasta dónde llega el fanatismo religioso, la fábrica de papel establecida en el próximo pueblo de Villosa, se ha negado a vender papel para El Porvenir Navarro, y hasta la criada de una casa donde se recibía el colega, se despidió de sus amos cuando supo que éste había sido excomulgado.

En vista de tal prueba de catolicismo, el obispo ha abierto una suscripción en favor de esa criada y de cuantos la imiten.

Otra sirvienta se negó a obedecer a su amo que le mandó comprar El Porvenir. La dueña quiso leerle a su criada el periódico y entonces la Menegilda salió huyendo a la calle pidiendo auxilio. A medida que transcurrió el tiempo se van conociendo episodios graciosísimos.

Una joven ha dado calabazas a su novio, por que lee El Porvenir Navarro.

La opinión está indignadísima contra el citado periódico y las gentes de buen sentido protestan, y con razón, de que este país blasona de civilizado. —Mencheta

Cuando el propio Mencheta se escandaliza ¿qué no ocurrirá en Pamplona?

Ahora es la ocasión, queridos correligionarios navarros, de demostrar lo que sois. A ponerlos todos resueltamente al lado de El Porvenir, y guerra al carlismo!

Que es, con este o aquel disfraz, el que os presenta la batalla.

Nada de miedo a las excomuniones. Yo tengo cuarenta y siete, como ya he dicho, y estoy tan guapo y tan campechano.

Conque no achicarse.

## Eduardo Palanca

Ha muerto en Málaga este republicano de privilegiada inteligencia, que fue gran orador, abogado ilustre, ministro de la República y presidente elegido la noche del 3 de Enero poco antes de dar Pavia el golpe de Estado.

Vencida la República, el señor Palanca se retiró de la lucha activa, sin abdicar de sus ideales, y ha vivido dedicado al trabajo del bufete, sin acercarse poco ni mucho a la legalidad establecida.

Aquejado de cruel enfermedad hace tiempo, se encerró en su hogar al cuidado de sus hijos, y ha muerto después de prolongada agonía.

Descanse en paz el hombre honrado, el político ilustre y el republicano sin tacha.

## TORO MILAGROSO

Numerosa peregrinación, a cuya cabeza figuraban obispos, frailes y otras sin cuento, había partido de España para Lourdes.

Poseídos de ciega fe y confortados por previos ejercicios espirituales, los peregrinos marchaban ansiosos de ofrecerse a la Virgen milagrosa, precisamente allí, en la gruta misma donde la vieron las extasiadas potencias de Bernardetta, y donde se le había levantado suntuoso templo.

No era precisamente la peregrinación aquella una de esas cohortes de oriatras miserables, testimonio de la pobreza humana, cáfila de tullidos desarraipados, cojos desarticulados y ciegos mendicantes que con frecuencia concurren a pedirle a la Virgen francesa lo que las españolas no han podido o no han querido concederles; casi toda ella se componía de gente completa, de la que va a ver, y de la que en todo caso testifica de tal o de cual acontecimiento pseudo-milagroso.

Entre los peregrinos viajaban una ancianita de unos setenta años, delgada y apergaminala, y a quien Dios, por conducto de una hemiplejía había privado del movimiento veinte años antes, según formalmente aseguraba. Iba a Lourdes en busca de él y con la certeza de que había de otorgárselo la Virgen.

Pero, por inexcrutables designios de la providencia, sucedieron las cosas de muy distinta manera.

Al tren destinado a la peregrinación se le habían unido en la frontera otros dos vagones, conductores de una corrida de toros, bravos y bien criados, destinados a la lidia en una plaza francesa.

Y quiso la suerte que uno de los bichos rompiera el encierro y se plantase en el andén de la estación, precisamente en el momento en que la ancianita era transportada en una silla a otro vagón que había de conducirla directamente a Lourdes.

Los que a la anciana conducían en andas eran católicos sin duda, pues de peregrinos iban, y como católicos, caritativos; más la caridad católica no debe ser cosa que resista la presencia de un berrendo, pues al grito de ¡sálvese el que pueda! todos huyeron, dejando a la anciana sola, inmóvil y a dos varas del toro.

Ella, a quien el terror había dejado aborrita y muda, fue poco a poco levantando su cuerpo sobre la silla en que yacía, y cuando estuvo de pie, agarró el mueble y con singular energía lo arrojó al bicho. Este arremetió contra él, haciéndolo aflojar, mientras la buena vieja, olvidándose de su hemiplejía, emprendió precipitada fuga.

Y es fama que aquella peregrinación no registró ningún milagro en el santuario de Lourdes, y que los jesuitas no pagaron a la anciana el viaje de regreso a España.

Poseído yo en este instante de la misma fe que llevaban a Lourdes aquellos fervorosos católicos, y teniendo además en cuenta que esa virtud teológica consiste en creer lo que no se ve, creo lo del milagro del toro aunque no lo he visto, y doy fe.

Ha reaparecido La Autonomía de Reus, que por dificultades de imprenta había suspendido su publicación.

Sea bienvenido el colega. Es de los pocos que están siempre en la brecha contra los clericales.

¡Y libertad y a ellos!

## Curandero místico

Existe en Jetafet, dice El Globo, un sacerdote escolapio que, al decir de las gentes, es una verdadera notabilidad en lo de volver la salud a los enfermos, cuyas dolencias comprende sin apelar a ninguno de los procedimientos de investigación a que todos los médicos recurren.

El escolapio tiene tan maravillosa intuición, que, con sólo mirar a la cara a quienes en su ciencia confían, diagnostica en firme. Luego manuscrite la correspondiente receta, que, por un exceso de modestia, sin duda, se abstiene de firmar, y... ¡a otro!

Dichas recetas—y conite que nos atenemos al rumor popular—son despachadas en la farmacia, y también allí debe llegar la influencia de la fama del que no nos atrevemos a calificar de curandero, puesto que, como queda dicho, sin firma y nada las despacha.

Si aquí hubiera autoridades, ya que no hay sentido común, estarían ese fraile curandero y ese farmacéutico hace tiempo en la cárcel.

Pero como no las hay, pueden cómodamente continuar engañando a los tontos o mandándolos al otro mundo sin que nadie les vaya a la mano.

Los médicos de la localidad, si no están subvencionados para cerrar los ojos ante la intrusión de ese fraile y la falta que comete ese boticario, merecían estarlo.

Ya que se callaran faltando a su deber, que les produjera algo al menos.

## Familia dichosa

«Don Pedro Aizpuru y doña Joaquina Elixagu, cristiano matrimonio que durante su vida de desposados han sido modelo de católicos y de padres de familia, acaban de separarse mutuamente, ingresando él en un convento de Segovia, y ella en el de las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Toro.

Estos virtuosos cónyuges han tenido durante su unión dos hijos varones, que son en la actualidad el uno Jesuita y el otro Carmelita Descalzo; ambos elocuentes prediadores y celosísimos ministros del Señor. Familias tan dichosas como ésta hay muy pocas, por desgracia, en este mundo.»

Lo anterior es de un periódico católico, y da la medida de lo ceca y egoísta que es la gente nea.

Colocados los niños en sitios donde pueden vivir a costa de los tontos, viejos ellos y probablemente odiándose, como neos que son, se habrán dicho esos vegetarios: «¿vivir tranquilos cada uno por su lado, y a no molestarnos mutuamente con la tos y el asma?»

¡Y vivan la santidad y la indisolubilidad del matrimonio!

Leo que el Gobernador de Guadalajara ha destituido al Alcalde y primer Teniente de aquella capital, por pertenecer a una sociedad carlista.

Un aplauso a ese gobernador y una excitación a todos para que le imiten.

## BIBLIOGRAFÍA

Hemos recibido La neurosis andrúquica, obra que acaba de publicar el ilustrado escritor que usa el pseudónimo Santa Clara.

En la portada del libro, que constituye un tomo de unas cien páginas, se lee lo siguiente:

«El anarquismo es un fenómeno patológico social, hijo del materialismo dualista, engendrado por la reacción contra la libertad, predispuesto a eliminarse por su misma acción; de cuyas sugerencias las masas productoras deben huir, como se huye de las epidemias que diezman la especie humana.»

Se vende al precio de una peseta, en Guadalajara, librería de Enrique Burgos.

## DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

## OJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

## Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta. — Para los suscriptores a El Motín, 50 céntimos.

## LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.— 15 céntimos uno

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a El Motín a 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.